

es, pues, la de «comunidad de profesores y estudiantes reunidos en forma estable en un lugar adecuado, que tiene por finalidad la búsqueda, transmisión y contemplación de la verdad bajo modo de saber». Un primoroso repaso y comentario de las «reglas para estudiar» de San Bernardino de Siena, completa el contenido del primer capítulo.

El segundo, se ocupa de la inserción de la universidad —cuya naturaleza ya nos es conocida— en la historia. En efecto, la universidad es una «realidad histórica», plenamente desenvuelta en el tiempo, lo que hace que —en palabras del maestro Álvaro d'Ors que reproduce Montejano— no podamos encontrar una imagen de universidad sin más reproducible hoy. De ahí que la historia de la universidad —en la que el autor no se entretiene, limitándose a ofrecer unas pinceladas expresivas— nos permita distinguir lo que en ella hay de permanente y de cambiante. Aparece, pues, el tema eterno de la tradición y la innovación, que el profesor Montejano aborda muy adecuadamente: «La universidad debe integrarse en una tradición cultural auténtica y viva». Esto quiere decir que la universidad, como institución humana, debe mantenerse fiel al medio cultural específico, al tiempo que mostrarse viva y abierta a la época y a sus exigencias. En este punto, no pueden resultar más acertadas las consideraciones críticas de la situación universitaria actual que desgana el autor: la universidad debe recuperar su vida interior, para bien asentada en sus fundamentos proyectarse al exterior.

El tercero y último de los capítulos se vuelca sobre el futuro: es «la universidad del mañana» la que aparece en el punto de mira de su pluma. Con sus problemas: la fragmentación de las carreras, la multiplicación de los universitarios, la insubordinación de la técnica y los límites de la ciencia, etc. Y con la esperanza de que la «interminable fila» de que habló Carnelutti continúe en el mañana.

MIGUEL AYUSO.

**Cristián Garay Vera y Cristián Medina Valverde: CHILE
Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939) (*)**

Cristián Garay, colaborador de *Verbo* desde hace años, y por tanto conocido de sus lectores, es un prolífico historiador chileno que ha prestado atención a la historia reciente de España, desta-

(*) Fundación Mario Góngora del Campo, Santiago de Chile, 1994, 80 págs.

cando en esta línea su libro *El tradicionalismo y los orígenes de la guerra civil española* (1987). Publicista también, colabora regularmente en las páginas de artes y letras de *El Mercurio*. En esta ocasión, en colaboración con el historiador Cristián Medina, nos ofrece un breve estudio —creo que adelanto de futuros desarrollos— en que se abordan las «relaciones diplomáticas» y los «paradigmas políticos» entre Chile y España durante nuestra guerra civil. Trabajo que ha merecido el premio de investigación de la Fundación Mario Góngora del Campo, que lo publica ahora en su serie «Avances».

Destacan los autores en el prólogo, explicando someramente el subtítulo, que su libro «es fronterizo entre la historia de las ideas y la política, aplicada sobre una materia como las relaciones internacionales». Enfoque adecuado al centro de interés de los autores, a saber, «el de la relación modélica entre el hecho externo y el interno». Porque «el impacto o influjo de los paradigmas supone la reinterpretación de los hechos de la relación», que son vistos como «políticas de Estado» en el nivel diplomático y como «lecturas ideológicas o culturales» en un nivel más general. Por ello, concluyen, «no basta efectuar la prosopografía de los adherentes a los bandos, sino que es preciso evaluar las líneas de continuidad o ruptura que subyacen bajo el discurso ideológico».

Una buena parte de los estudios existentes hasta el momento sugerían la hipótesis de que la opinión pública y los intelectuales chilenos se habrían pronunciado en favor de la República. Los autores del libro que presento, sin embargo, vienen a cuestionar tal aproximación. Con datos valorados justa y acribiosamente que ponen de relieve la dificultad del quehacer historiográfico. Así, por ejemplo, recuerdan cómo la izquierda chilena, ante las noticias de los horrores de la milicias rojas, hubo de hacer varios pronunciamientos para forzar su distinción del Frente Popular español. Igualmente, escriben Garay y Medina, ha de tenerse en cuenta cómo la guerra civil española supuso «un estímulo intelectual para los diversos ámbitos del quehacer nacional», de manera que «se reforzaron tendencias intelectuales tales como el Hispanismo, la Democracia Cristiana, o empresas políticas tales como la «unidad de la izquierda», en el modelo recurrente del Frente Popular». En cuanto a la actividad diplomática, finalmente, «se sometió al fragor de la discusión ideológica y se reinterpretó en función a las necesidades argumentales de los actores de la sociedad».

Por todo ello, se hace preciso desmontar la manipulación,

que hizo fortuna, de los hechos de la guerra civil española sobre la vida política chilena: «En 1938 no se jugó la democracia chilena con la posibilidad de una derecha golpista, ni menos fascista, como tampoco se pretendió asumir una política calcada del Frente Popular español. A su vez, en 1938, el 'Frente Popular chileno' no luchó contra el fascismo (más aún, venció con el apoyo del 'Nacional-Socialismo local' y la abstención de una 'Falange' que apenas disimuló su genealogía e inspiración autoritaria), como tampoco el Frente vino a tener el carácter de 'avalancha roja' que le atribuyeron las derechas con propósitos electorales. Parte de la reiteración de estos tópicos se debió a la inveterada costumbre del mundo local de recibir sin crítica los estímulos externos y traducirlos a la coyuntura».

Tras un primer capítulo denominado «estado bibliográfico», en que introduce la discusión sobre las diferentes interpretaciones de los sucesos bélicos, con orientación bibliográfica al respecto, el núcleo central del libro viene determinado por los dos capítulos siguientes: «Las complejas relaciones» y «Las continuidades: una tradición humanitaria». En ellos se expone con detenimiento la «cuestión del asilo», de las más importantes, valorando la heroica labor del embajador Núñez Morgado frente a la persecución roja, pero refiriendo también las reticencias contrarias de Franco. A continuación, un capítulo, el cuarto, para el «caso vasco», que enlaza con el quinto —titulado «las rupturas»—, donde se analiza la posición de los actores políticos chilenos ante el conflicto. La vinculación procede de la interferencia del caso vasco en la posición del catolicismo chileno, que, condicionado por una polémica universal y por sus propias simpatías, no fue original ni autónoma. Al igual que tampoco lo fue el posicionamiento de los contrarios. En el capítulo sexto, «el ejemplo de España», es la experiencia española la que se vierte sobre Chile; al tiempo que el último capítulo narra «lo que ocurrió tras la guerra civil española». Dos anexos, sobre la teoría y práctica del asilo, completan la obra de los historiadores chilenos. A quienes sólo podemos agradecer su empeño y felicitar por su logro.

MIGUEL AYUSO.